

LA HISTORIA VIVIDA

Dos ascensos a título póstumo después de cuarenta años

Rafael ESTRADA
Coronel de Intendencia

En el *Boletín Oficial del Estado* de 29 de octubre de 1975 apareció publicado un decreto en el que se ascendía al empleo de contralmirante, con carácter efectivo y a título póstumo, al capitán de navío don José Fernández Almeida, y en otra disposición de idéntico rango y de la misma fecha, publicada también en el mismo boletín, se le asciende, igualmente a título póstumo, al empleo de vicealmirante; el primer ascenso en razón de estar en posesión de la Medalla Naval Individual, y el segundo por tener concedida la Medalla Militar Individual, altas recompensas obtenidas en meritorios actos de guerra.

Lo infrecuente y notable del caso —el vicealmirante Fernández Almeida llevaba fallecido desde 1932— y la cariñosa popularidad de que en vida gozó, animan al recuerdo de esta «Historia vivida», en la que, aparte de su interés poco común por las circunstancias que concurren, pueden extraerse provechosas consecuencias. Y, sobre todo, una alentadora deducción: la Marina no olvida a sus héroes.

Había nacido don José Fernández Almeida en San Fernando, en 1874, y hasta su repentina muerte en Sevilla el 23 de mayo de 1932, adonde había llegado precisamente ese mismo día a bordo del destructor *Velasco*, acompañando a S. A. I. el Califa de Marruecos en visita a la Península, sus servicios a la Armada sumaban cuarenta años, con más de veintisiete embarcado, navegando por los mares de Europa, África, América y Oceanía, en aquellos románticos barcos que se llamaron fragatas *Asturias* y *Reina Mercedes*; cruceros *Oquendo*, *Vizcaya*, *Alfonso XIII*, *General Concha*, *Princesa de Asturias*, *Infanta Isabel* y *Cataluña*, acorazados *Carlos V* y *Lepanto*; contratorpederos *Destructor*, *Osado*, y *Proserpina*; cañoneros *Doña María de Molina*, *Lauria* y *Dato*, aviso *Giralda*, etc. También en tierra fueron notables sus servicios, destacando los que prestó en Marruecos como interventor de Marina de la Región Occidental del Protectorado en Larache, jefe de las Fuerzas Navales del Norte de África e interventor principal de Marina en Marruecos, escenario precisamente de sus meritorias actuaciones.

Dos medallas bien ganadas

Don José Fernández Almeida estuvo siempre muy vinculado a la campaña de Marruecos. Conocedor de la problemática marroquí en sus más amplias facetas, pertenecía a una generación de militares que por su identificación con

aquellas tierras y sus vivencias se conocieron con el nombre de «africanistas», de los que tantos y tan brillantemente participaron en ambos bandos en la última guerra civil española.

Con anterioridad a la derrota de Annual en julio de 1921, Fernández Almeida había realizado ya numerosas misiones a bordo de varios buques de guerra en los que estuvo destinado, participando en diversas operaciones de apoyo a las fuerzas de tierra que operaban en aquel territorio. Tras la derrota de Annual quedó en manos del enemigo todo el territorio de la zona oriental del Protectorado y las escasas tropas que se salvaron de la derrota se replegaron hacia Melilla, cuya plaza estuvo a punto de caer en manos del enemigo, salvándose milagrosamente gracias a la oportuna llegada de las tropas legionarias al mando del entonces teniente coronel don Francisco Franco, embarcadas urgentemente en Ceuta y trasladadas a marchas forzadas a Melilla, donde desembarcaron incorporándose rápidamente a la línea de fuego, logrando detener el avance enemigo y elevando con ello la moral de las tropas y de su población civil, que pasó por horas verdaderamente angustiosas.

Aunque la zona oriental quedó toda en poder de las kábilas marroquíes, permanecieron bajo dominio español las islas Chafarinas y los peñones de Alhucemas y Vélez de La Gomera. Para tener una idea del escenario donde se desarrollaron los hechos que merecieron la concesión de tan altas condecoraciones a Fernández Almeida, piénsese que tanto el peñón de Alhucemas como el de Vélez eran unos escarpados islotes situado el primero de ellos en el centro de la bahía de su nombre, a unos quinientos metros de la costa vecina, y el de Vélez de La Gomera, situado varias millas más a Poniente, casi unido a la costa, separado escasamente por una estrecha manga de agua, hoy cegada.

Apenas el enemigo se enseñoreó del territorio, intensificaron su presión sobre estas posiciones, sometiéndolas a un constante cañoneo y fuego de fusilería, e incluso con varios intentos de apoderarse de ellas por medio de lanchas armadas.

Estas plazas dependían totalmente, para su abastecimiento de agua, víveres, municiones y hombres, de los puestos de Melilla y de la costa española del sur y antes de romperse las hostilidades venía desempeñando esta misión el vapor *Juan de Juanes*, de la compañía Trasmediterránea, buque que en el primer viaje después de la derrota de Annual fue hundido por la artillería mora, ordenando entonces el alto comisario don Dámaso Berenguer que el contratorpedero *Bustamante* —que no era precisamente el buque más indicado para ello, y que mandaba el capitán de corbeta Fernández Almeida— realizase aquel importante y peligroso cometido. La cubierta del contratorpedero sobresalía apenas unos dos metros por encima del agua pero, eso sí, contaba con tres hermosas chimeneas de las que surgían espesas columnas de humo procedente de sus viejas calderas alimentadas por carbón. Sin embargo, el bravo marino, supliendo con su pericia y entusiasmo la falta de elementos, realizó múltiples operaciones, consideradas como imposibles, y mantuvo abastecidas de víveres, agua y municiones estas plazas menores durante más de catorce meses, recogiendo también heridos, transportando y relevando tropas, entregando correspondencia y medicamentos, siempre bajo la hostilidad del fuego del

cañón y fusilería enemiga. Estas operaciones se realizaban de ordinario en noches oscuras y con el estado del mar raramente tranquilo, viéndose obligado en numerosas ocasiones a regresar a puerto, o al abrigo de alguna cala de la costa en espera de que amainase el tiempo, pero su impaciencia y entusiasmo patriótico le hacía levar anclas y volver una y otra vez a cumplir nuevos objetivos.

Por toda esta actuación —durante largo tiempo mantenida—, abnegada y heroica, llevada a feliz término increíblemente, fue condecorado con la Medalla Naval Individual, que según la orden general de la Escuadra le fue impuesta con todos los honores sobre la cubierta del acorazado *España*, concediéndosele a la dotación del buque, al propio tiempo, la Medalla Naval Colectiva.

Al cesar en el mando del *Bustamante* el Ejército de Tierra, que no quería desprenderse de tan eficaz colaborador como Fernández Almeida, y que disponía del vapor incautado *España n.º 5*, solicitó y obtuvo del Ministerio de Marina que embarcase en el mismo como jefe de convoyes, prestando valiosísimos servicios en este buque, con el que participó en el desembarco de Alhucemas. Y al terminar la pacificación de Marruecos el Ministerio de la Guerra, en premio a todos sus notables servicios durante la campaña, le concedió la Medalla Militar Individual, que le fue impuesta en Larache por el general en jefe don José Sanjurjo en presencia del presidente del Gobierno don Miguel Primo de Rivera y del alto comisario de la zona francesa, general Petain. En aquellos momentos Fernández Almeida desempeñaba el destino de interventor de Marina en la zona occidental (Larache), en cuyo destino intervino y dirigió personalmente en varias ocasiones el salvamento de naufragos de más de un barco perdido en su peligrosa barra, que le valió igualmente la concesión de la Medalla de Oro de Salvamento de Naufragos.

Anécdotas de una vida y una época

Don José Fernández Almeida —perteneciente a una ilustre familia de marinos, pues su padre y su hermano lo fueron también— era conocido popular y cariñosamente con el sobrenombre de «Don Pipo», popularidad que llegaba incluso al campo enemigo y, a propósito de ella merece relatarse una anécdota ocurrida en zona mora con motivo del rescate de los prisioneros de Annual. Después de largas gestiones en las que intervino su hermano don Manuel (fallecido de vicealmirante en San Fernando), designado para ello por la Cruz Roja, se llegó a un acuerdo con los moros para el rescate de los prisioneros, siendo las condiciones impuestas por ellos el pago de una fuerte cantidad; que el embarque lo efectuase un barco mercante; que no existiese ningún militar o empleado del Gobierno, advirtiendo que si durante la operación aparecía la silueta de algún buque de guerra, se suspendería ésta, quedándose con el dinero, los prisioneros y la comisión de rescate, y cañoneando y hundiendo al buque mercante comisionado. Como jefe de dicha comisión de rescate fue designado el financiero bilbaíno don Horacio Echevarrieta, amigo de «Don Pipo», y éste, dejándose llevar de su espíritu aventurero, logró unirse a la comisión camuflándose como un tripulante más del mercante.

Una vez en tierra y entregado el dinero, que fue duro a duro contado y repesado por la comisión mora, por si existía alguno falso, comenzó el embarque de los prisioneros por medio de botes, llevando algunos de ellos a hombros de la dotación del barco por su mal estado de salud. La comisión marroquí la presidía el titulado ministro de la Guerra del cabecilla Abdelkrim, conocido como «el Pajarito», que una vez finalizado el embarque se dirigió a Echevarrieta diciéndole: «Ya tu ver que moro dar palabra y moro cumplirla, pues si moro querer, poder hacer prisionero a ti y al Almeida que es éste —señalándolo—, y pedir muchos millones». Los aludidos se quedaron de piedra, como vulgarmente se dice, al oír aquello, pero las cosas no pasaron a mayores y todo se realizó felizmente, hasta con momentos de charla amigable, en la que intervino otro jefecillo moro, que dirigiéndose a «Don Pipo», le soltó: «¡Ah, tu ser Almeida el que manda la fragata que echa tanto humo!», a lo que su interlocutor sorprendido le repuso: «Vamos a ver, ¿cómo llegando yo siempre con mi barco en las noches oscuras, donde apenas se distingue la costa cercana, tú puedes verme y cañonearme?». A lo que el moro contestó con cierto gracejo: «Es que yo no verte, yo olerte por el humo, y entonces decir: ahí está Almeida con fragata y largar entonces cañonazos».

Los ascensos y sus circunstancias

La Medalla Militar y la Naval fueron creadas al mismo tiempo para premiar hechos heroicos por los Ministerios de la Guerra y Marina, respectivamente. Más tarde estas dos altas condecoraciones, sólo superadas por la Cruz Laureada de San Fernando, se reunificaron en una sola, quedando vigente la Medalla Militar. Por ello, raramente un mismo oficial o jefe dispone de ambas condecoraciones, como ocurrió con Fernández Almeida.

Con arreglo a la normativa vigente, los capitanes de navío o coroneles en posesión de la Medalla Militar o Naval, al llegar a la edad del retiro se les asciende honoríficamente a contralmirante y general de brigada, pero como Fernández Almeida disponía de las dos, en expediente promovido a instancias de su familia, le fue concedido por una de ellas el empleo de contralmirante efectivo y por la otra el ascenso a vicealmirante honorífico: ¡Todo ello a los cuarenta y dos años de su fallecimiento...!